

Teoría arqueológica en Chile. Reflexionando en torno a nuestro quehacer disciplinario

**Patricia Ayala y Flora Vilches, Editoras;
Universidad de Chile, Universidad Católica de Chile y Quillqa, 2011.**

DOI: <http://dx.doi.org/10.14482/memor.22.6218>

Desde hace más de dos décadas se viene consolidando en Suramérica un movimiento de arqueólogos que ha cuestionado los principios más básicos de esta disciplina. Este cuestionamiento ha tenido diversos matices pero ha sido claro su interés en revisar las operaciones arqueológicas (algo común en otros ámbitos de la ciencia) y analizar el contexto social donde se desenvuelve la disciplina.

En el libro editado por Patricia Ayala y Flora Vilches, resultan evidentes estas tensiones en tanto cada uno de sus artículos aborda problemas internos concernientes a la lógica de las clasificaciones arqueológicas, en el caso más disciplinario, o al mapa contemporáneo que, determinado por el multiculturalismo, da lugar a una práctica que produce relatos históricos politizados, estratégicos y por ende no universales. Por esta razón, más que ser un libro producido para comprender la arqueología chilena, es un documento que sirve para comprender cómo se dan ciertos fenómenos propios del funcionamiento interno de la arqueología en Chile. Además del propósito comparativo, también este documento ayuda a preguntar por los debates en torno a la arqueología del Caribe colombiano, casi invisibles en la literatura especializada de la región del Gran Caribe.

Para organizar la discusión, las editoras dividieron el libro en dos partes. La primera parte es denominada "Arqueología y política: construcción y redefiniciones disciplinarias", la segunda "Evaluación crítica de la práctica arqueológica: conceptos teórico-metodológicos". La primera parte del documento está compuesta, mayoritariamente, por artículos que cuestionan la práctica arqueológica señalando sus vínculos con la exclusión de comunidades locales en la construcción de relatos históricos, y en su connivencia con los modelos de civilización republicanos responsables de la sujeción violenta de comunidades locales.

La primera parte abre con el artículo "Antropología y arqueología: relaciones oblicuas" de Cristóbal Gnecco. En este texto el autor se preocupa por el lugar que ocupa la arqueología en el paisaje político contemporáneo. En el análisis histórico se enseña la manera en que arqueología y antropología mediaron con sus contextos sociales de producción. En el caso de la antropología, una disciplina que emergió del lente del viajero, ha sido clara una ruta crítica que

la alejó de sus raíces con el colonialismo, al contrario de la arqueología que fortaleció el corral de sus pilares epistemológicos. Mientras los antropólogos, expone Gnecco, abrieron las puertas de su casa disciplinaria con el objetivo de construir narraciones colaborativas, los arqueólogos se especializaron en observaciones cada vez más exóticas que son producidas, en muchos casos, para multinacionales que cumplen protocolos de prevención en el marco de sus actuaciones en el tercer mundo.

En esa misma vía del texto de Gnecco, transita "Entre dos tierras: Reflexiones sobre la arqueología chilena en el siglo XXI", de Diego Salazar, Donald Jackson y Andrés Troncoso. Uno de los grandes aportes de este documento es la contextualización de la arqueología chilena en medio de los avatares propios del siglo XX en América del Sur (consolidación del nacionalismo, institucionalización de las ciencias y experiencia posmoderna). Igualmente resulta relevante la información que contiene este capítulo al respecto de los nuevos escenarios que la arqueología ocupa en Chile. No en balde los autores llaman la atención sobre el estímulo que el multiculturalismo, como política de promoción mercantil de la diferencia, hace a los proyectos de promoción patrimonial. En el caso chileno, como lo muestran Salazar, Jackson y Troncoso, esto ha impactado la educación superior chilena ya que han emergido más cátedras y condiciones de profesionalización de la gestión patrimonial. Además de estas reflexiones, el texto toma partida de la discusión propia de la arqueología social latinoamericana. Aunque esta arqueología, basada en la creencia en un punto desde el cual es posible evaluar una teoría por su perfectibilidad y así desvincularla de cualquier contaminación política, ya ha sido cuestionada, acá se propone como eje de construcción disciplinaria. Sin duda este es un ámbito sobre el cual debe profundizarse.

Prueba de que el debate de la arqueología social latinoamericana sigue vigente en Chile, es el siguiente capítulo de Jairo Sepúlveda "Entre la arqueología del otro y la historia. Horizontes políticos para el conocimiento arqueológico". Retomando autores citados por Salazar, Jackson y Troncoso, como por ejemplo Manuel Gándara, Sepúlveda propone una arqueología desde la que sea posible "la dotación de un sentido de historicidad al pasado estudiado por los arqueólogos" (pág. 78). Sin duda alguna, parece una idea prometedora de este enfoque el sugerir que dentro de esa producción historizada, resulte relevante cuestionar y repeler aquellas construcciones que ven en el pasado prehispánico de América del Sur una discontinuidad. De tal suerte comprender el pasado es también una tarea de autocrítica, de comprender los instrumentos con los cuales generamos una imagen del pasado.

Después de estos tres capítulos, los restantes de la primera parte contienen estudios de caso, lo cual los diferencia sustancialmente de sus predecesores. El siguiente capítulo es de Carlos González, Carmen Castells y Pedro Rodríguez, se intitula "Diego De Almagro: un vínculo entre arqueología, patrimonio, comunidades locales y municipio en la región de Atacama". Como su nombre lo indica, el documento habla de las maneras en que actores disciplinarios se vinculan con municipios para la generación de conocimiento arqueológico. Sobresale de esta dinámica una crítica a la arqueología regional y su énfasis en la construcción acrítica de historia culturales arqueológicas, como también la generación de representaciones alternativas a aquellas que ven la región de Atacama como deshabitada invisibilizando formas ancestrales de adaptación.

Un estudio de caso similar presentan del lado argentino Mónica Montenegro y María Elisa Aparicio. El capítulo de estas investigadoras, intitulado "Patrimonio, arqueología y turismo en Jujuy, Argentina. Visiones desde una comunidad", aborda el problema de la eclosión patrimonial en Jujuy lo cual trajo aparejado el crecimiento en inversiones para el turismo y la formulación de nuevas formas de educación universitaria que toman el patrimonio como eje de su accionar. Resulta interesante el llamado de atención de las autoras al mostrar cómo desde esta eclosión patrimonial las representaciones que tienen algunos gestores, sólo vinculados con una visión comercial del patrimonio, es reducida. Sin duda alguna estudios de este tipo permitirán que se generen lazos entre estos espacios de gestión y la arqueología.

Después de este documento tenemos "Mentalidades, representaciones sociales e identidad en el mineral de Capote: Una propuesta de análisis desde los diarios, el relato oral y la cultura material (1930-1950)", de Francisco Rivera y Rodrigo Lorca. Este capítulo reseña la historia del mineral de Capote, teniendo en cuenta la manera como se articulaban los sujetos según el lugar que les corresponde en un juego de relaciones jerárquico. Enseña, igualmente, cómo estas diferenciaciones se correspondían con distribuciones espaciales que tenían sus lógicas de movilidad y circulación. Para darle fluidez al análisis, estos autores usan diversas oposiciones como privado-público e individuo-sociedad para analizar la manera en que algunos espacios de esta mina escapaban a determinaciones amplias y entraban a ser parte del ámbito personal.

La primera parte culmina con "Moverse, hablar, ver, oler, tocar y sentir en El Pozo. Arqueología en un centro clandestino de detención y desaparición", de Gabriela González y Carolina Lema. Este capítulo narra los resultados de investigación colaborativa en el centro

clandestino de detención El Pozo, ubicado en la ciudad de Rosario, Provincia de Santa Fe, Argentina. Como lo muestran las autoras, el diálogo con algunas de las víctimas de la violencia de Estado durante la dictadura en Argentina, en especial de El Pozo, lleva al límite la idea de una construcción neutral del pasado y la encausa en relaciones interesantes como la que vincula memoria y reparación. El documento, que está lleno de testimonios de víctimas, sin duda transporta al lector al conjunto de contradicciones propias de la violencia de Estado: su clandestinidad y su carácter público. Sin duda el caso de El Pozo será paradigmático en la generación de una arqueología moral que ayude a exorcizar espacios y memorias de la violencia.

La segunda parte del libro inicia con "Un recorrido a través de la tipología cerámica y el valor social de los objetos en arqueología", de Mauricio Uribe. En este documento se transitan los campos de la sistemática en arqueología. Aparecen críticas ya señaladas décadas atrás pero aún vigentes, como por ejemplo la imposibilidad intuitiva de correlacionar agrupamientos arqueológicos con grupos étnicos. Asimismo se aboga por formas de clasificar donde sea posible apreciar "el valor social significativo (pág. 179) de los complejos responsables de datos arqueológicos. Siguiendo a Baudrillard se trata, incluso, de comprender no los sentidos involucrados sino el sentido que se genera cuando las personas entran en relación con ciertos objetos y "de la sistemática de las conductas y de las relaciones humanas que resultan de ello." (pág. 182).

El siguiente texto "Estilo vs. Agente: rescate del individuo en la práctica rupestre", de Marcela Sepúlveda discurre por la crítica que, en contra de la homogeneización en las ciencias sociales, señala la importancia de las particularidades dentro del abanico de posibilidades limitadas en el hecho social. Interesante de la propuesta es su explicitación de lo que es estilo imbricando en esa definición el papel activo de los sujetos en la producción cultural. De allí que la autora, usando datos de arte rupestre, señale la necesidad de pensar la variabilidad desde la noción de agencia, que es desarrollada en su texto.

El capítulo a continuación, "Naturaleza, cultura, desierto y dominación", a cargo de Enrique Moreno, indaga por la manera como el discurso arqueológico tradicional que versa sobre la caza de vicuña en la Puna de Atacama ha borrado a las epistemes locales que tienen una larga historia de vinculación con estos animales. Mostrando con datos arqueológicos la manera como esa tradición se mantiene, Moreno señala cómo algunas comunidades de la Puna de Atacama

son penalizadas por la relación ancestral que las vincula con las vicuñas, generando una violencia epistémica, para usar una noción cara al pensamiento crítico.

Al respecto de evaluaciones de conceptos, el capítulo siguiente "Lo simbólico y lo cotidiano: el uso del concepto de unidad doméstica en arqueología Andina" de María Clara Rivolta pone de nuevo en escena herramientas de análisis no dicotómicas que permiten comprender mejor otras espacialidades. El documento, en su conjunto, hace un aporte invaluable al rescatar la mayoría de las voces involucradas en la discusión sobre unidad doméstica y áreas de actividad. En ese sentido, además del aporte teórico, propone una mirada que bien sirve para ilustrar la historia teórica de esta faceta disciplinaria. A pesar de esto, el foco del capítulo se dirige a la comprensión Andina del espacio doméstico que es también un espacio ritual; sin duda alguna esta aseveración complementa muy bien la mirada sobre los Andes que arrojó Enrique Moreno, señalando las particularidades de esta episteme.

Finalmente Javier Nastri con su capítulo intitulado "La "evolución" del diseño automovilístico. Un diálogo entre la arqueología y los estudios culturales", pone de relieve las posibilidades analíticas que resultan de comprender tendencias actuales como las que acompañan el diseño de automóviles. Basándose en otros estudios Nastri muestra cómo el consumo de automóviles está relacionado con construcciones ideológicas que suponen el mantenimiento y aceptación de relaciones de dominación, como también intentos de crítica de esas mismas relaciones. Ello se ve claramente en el consumo masivo de autos y en su "ajuste" a condiciones individuales.

Sin duda alguna el libro abre puertas interesantes que deberían ser descubiertas en la práctica de una arqueología del Caribe Colombiano y del país en general. Por ejemplo, resulta inverosímil que en la actualidad muchos museos regionales usen categorías arqueológicas anacrónicas, o que doten a las clasificaciones arqueológicas de correlatos etnográficos sin una evaluación clara de este procedimiento. Estas asociaciones, discutidas en Chile a la sombra de nociones como estilo o patrón doméstico, esperan ser abordadas en el país. Igualmente en Colombia se hace necesaria una discusión sobre el impacto que tendrá en la educación profesional el discurso del patrimonio. Este es un ámbito que espera ser discutido igualmente.

Wilhelm Londoño
Universidad del Magdalena
Santa Marta, enero de 2014